



El peligro en Ciudad Juárez está en estar vivo

Hay días en los que me pregunto cuántos muertos mexicanos hacen falta para que un consumidor en Nueva York disfrute (en paz) de su dosis de cocaína

Judith Torrea

Son las 11.50 de la noche: he acudido a reportar 10 crímenes en menos de seis horas. En todo el día murieron 15 personas. En la mayoría de los casos, he llegado antes que las fuerzas del orden a pesar de que para hacerlo he escuchado las claves del escáner de la policía, que está intervenido por los periodistas. También por los narcotraficantes, que en ocasiones anuncian la autoría de sus hechos interrumpiendo la señal con música de corridos mexicanos: unos son los preferidos del cartel de Juárez y otros los de Sinaloa.

Para acordarme del número exacto de muertitos, como se les llama en el argot periodístico de Juaritos, he mirado mis notas. A veces, he estado en el lugar menos de 15 minutos. Había que salir a otro evento. Las distancias en Ciudad Juárez son grandes. Como su cielo de azul feroz y sus mágicos atardeceres. Como también los porqués. Desde que comenzó la llamada guerra contra el narcotráfico del presidente de México Felipe Calderón han sido asesinadas en Juárez más de 5.500 personas. En poco más de dos años. Quedan sus 10.000 niños huérfanos. Soy periodista. Y ahora *freelance*. En la ciudad que está catalogada como la más peligrosa del mundo. No siempre encuentro espacios para publicar mis historias. Mi *blog Ciudad*

Juárez, en la sombra del narcotráfico surgió de la necesidad de contar. De contar lo que mis colegas juarenses no pueden contar. Sin autocensura. Porque ellos sí que están en peligro. No hay grandes investigaciones. Lo que hay son crónicas de la vida diaria de esta ciudad. Vista con mis ojos. Que me ayudan a sentirme viva. Entre la muerte constante. Es mi vómito de injusticia. No tengo miedo, sino no estaría viviendo en mi querida Ciudad Juárez, pero sí reconozco el peligro. A lo único que tengo miedo en la vida es a no hacer lo que siento que debo hacer. Tomo mis precauciones, aunque sabes que si te quieren matar te matarán y no pasará nada. Este peligro aumenta si eres periodista y no te vendes ni a los narcos ni a las autoridades corruptas. Soy periodista para intentar devolver la voz a quienes se les arrebató. No sé si mis retratos en mi *blog* servirán para algo, para reflexionar sobre esta llamada guerra contra el narcotráfico, sólo sé que no puedo hacer otra cosa más que contar lo que veo aquí. Siento un amor con mucho dolor por Ciudad Juárez. Fue la primera ciudad que pisé de México hace 13 años y encontré la vida que no encontraba en EE UU, esa alegría por vivir de los juarenses, que viven la vida como un instante fantástico que se puede acabar en cualquier

momento. Para mí, El Paso (Tejas) era la muerte... no había nada. Ahora han cambiando los papeles... la vida está en El Paso, con la huida de los miles de juarenses... y con ellos de sus restaurantes, sus negocios... Ahora el peligro -que antes era para las mujeres pobres, jóvenes y bellas- se ha democratizado. El feminicidio continúa. Los muertos son los únicos que están a salvo. Esto es una ciudad en guerra, de edificios incendiados, abandonados, casas en venta... Extorsiones, secuestros. En una ciudad militarizada, de retenes constantes. Hay días en los que me pregunto cuántos muertos mexicanos hacen falta para que un consumidor en Nueva York disfrute (en paz) de su dosis de cocaína. Y lo intento responder en mi *blog*, hasta que uno de mis geniales lectores me escribe y me pregunta por qué la droga, que llega desde Colombia, se transforma en un fantasma viajero al llegar a El Paso: Estados Unidos. Me siento extraña al recibir este premio. Por hacer mi chamba (trabajo), ni más ni menos. A pesar de la adversidad. En todos los sentidos. También la de sentir tu estómago vacío. Como el día que recibí esta fantástica noticia del Ortega y Gasset: una jornada en la que hubo 14 muertos más. Mil gracias. No tengo palabras para agradecerles este regalo.

